

## **Editorial**

La literatura solo existe en plural: las literaturas. Hacer una definición de literatura parece un descabro cuando no una irreverencia ante la alteridad. Cualquier definición es una incitación al contraejemplo, a la refutación y la objeción. Quienes se atreven aún a definirla sufren tal vez una teoría supuestamente completa y que sólo lo es porque es incompleta. Estamos obligados a reelaborar la idea de una literatura universal. Solo quedan las literaturas, el contraste entre obras que han sobresalido en parte por méritos relativos a los poderes centrales e históricos y obras que reclaman presencia más allá de los cánones, hijas de poderes emergentes y periféricos. No es el caos, es la diversidad. No es la pérdida de los clásicos, es el triunfo de una actividad que se despliega con las nuevas tecnología de escritura y publicación. A esto se suma la consumación y validación de la escritura con proyecciones transfronterizas. Estamos en un momento lleno de riqueza, obras inéditas, inusitadas, autores que desde su vida y región hablan con el mundo sin pedir permiso a los centros que distribuyen los discursos literarios. Por ello es importante este número 51 sobre la literatura afroamericana. Se tratan aquí de autores que merecen ser leídos, investigados, recomendados. Se busca transformar la situación que llevó a decir a un estudiante, poeta y novelista, egresado hace varios años de nuestra Universidad del Valle: "todos los autores que he leído en la academia son blanquitos. Voy a leer desde ahora autores afros por un buen tiempo". Por ello tenemos estudios sobre autores como Mayra Santos-Febres, Nelson Estupiñán Bass, Eulalia Bernard Little, María Teresa Ramírez, María Elcina Valencia, Nena Cantillo, entre otros, sin renunciar a otras corrientes como la de Mario Levrero. Este número también es un homenaje al año Manuel Zapata Olivella.

Director